Dra. Ma. Luisa Rivera García
Facebook: Ma. Luisa Rivera
Corrreo electrónico: marialuisa0505@gmail.com

¿NIÑOS POR SIEMPRE?

En nuestra entrega anterior ya hablábamos de que nacemos como un "ser en blanco", con características propias, pero cómo esas características se van moldeando, adaptando a las circunstancias de nuestras experiencias de vida. Niel Bermang, científico estudioso de la influencia del parto en la vida de los seres humanos, dice que los primeros mil minutos de vida determinan nuestra existencia. Todos sabemos (desde algún lugar) que el nacimiento es la primera experiencia traumática, de hecho, es una experiencia de muerte; el bebé se va formando en un lugar seguro, cálido, en donde no tiene que hacer ningún esfuerzo, ni para comer, ni para respirar, ni para crecer; en donde además se siente acogido por el vientre de mamá. Y de momento, ese espacio que era seguro empieza a apretar, a quedar chico, se pierde el líquido que nos arropaba y para colmo nos empieza a estrujar con un ritmo que se va haciendo más frecuente cada vez. Porque para mamá cada contracción es dolorosa, pero para el bebé no es nada cómodo sentirse estrujado, es la señal de que es el momento de salir del confort, de que tiene la maduración para iniciar el esfuerzo, porque los bebés hacen un gran esfuerzo al nacer, ¡y cuando al fin lo logran son recibidos con una nalgada![1] Esto en un buen parto, porque si es cesárea, la salida es brutal, de un momento el bebé pierde todo el confort sin ningún preámbulo y sin ninguna intervención de su parte.

Se establece pues la primera herida de separación. A partir de ahí la vida se va desarrollando y se irán generando heridas o traumas en la existencia del niño. No hay manera que no sea así. Aunque hay de heridas a heridas.

El trabajo de los padres no es evitarles esas heridas, eso no es posible, crecer duele; cuando me caigo y me raspo, cuando no entiendo, cuando pierdo algo, cuando el ambiente es adverso, en fin, hay tantas circunstancias difíciles en una vida que sería imposible crecer sin heridas o traumas. El tema no es evitarlas, el tema es enseñarles a resolverlas y no cargarlos con las heridas no resueltas que los padres cargamos (¡vaya tarea!!).

Ser niño es alegría, creatividad, imaginación, pero también miedos, angustia, desconciertos. Y en ese ir creciendo nos vamos "adaptando" a la vida con nuestras heridas a cuestas. Vamos de una etapa a otra dejando temas sin resolver, en algunos casos escondiéndolos; montándonos encima de ellos; cerrándonos o quedándonos atascados en algún momento de la infancia, como el personaje de el "tambor de hojalata", que frente a la crueldad de la guerra se niega a crecer. Carl Jung las llamó las "heridas del niño interior", pero fue hasta finales de los 80's que se popularizó el término y diferentes corrientes de la psicoterapia se enfocaron en el trabajo con el "niño interior".

[1] Esto está cambiando y ya existen (en Durango) los "partos humanizados" en donde el bebé hace su esfuerzo, pero es recibido en agua por papá y mamá.

Niño interior porque fisiológicamente el cuerpo continúa su crecimiento mientras que emocionalmente no se madura, no se crece en concordancia.

Existen diversas manifestaciones de heridas no resueltas en el “niño interior”. En esta ocasión nos vamos a acercar al niño eterno, las personas que se quedan emocionalmente atrapadas en una etapa de su infancia. Desde la psicoterapia norteamericana, sería el síndrome de “Peter Pan”. Mencionaremos los síntomas que, agrupados, nos dan indicios claros de un problema que puede llegar a convertirse en una neurosis que dificulte la sociabilización, la relación con los “otros”, los que no son “yo”. Conductas que tienen un efecto negativo en el camino a una vida plena. Desde luego que hay diferentes acercamientos; pocas veces se presentan todos los síntomas en una misma persona y la forma de expresarlos está atravesada por el género: no es lo mismo ser una “niñota” que un “niñote”, todos caemos alguna vez en algún infantilismo, lo difícil es cuando se establece como una forma de enfrentar la vida.

El primer signo es cuando buscamos el placer por sobre todas las cosas. Y me dirán: “pues todos queremos eso”, y es cierto, la cosa es que desde el niño queremos que sea gratuito. Madurar es saber que mis decisiones o deseos cuestan, y estar dispuestos a pagar por ellos. El niño quiere poder tenerlo todo, solo porque lo desea sin ningún cargo o esfuerzo. Quiere volver al seno materno y no salir de ahí. Esto deviene en varios aspectos:

- Se es incapaz de aceptar un error.
- Cualquier dificultad es culpa de los demás.
- Es muy difícil asumir un compromiso de la índole que sea.
- Los planteamientos frente al mundo son poco realistas.
- Los criterios éticos son elementales y moldeables.
- Existe un extremo apego a determinados objetos o personas.
- Se delega, evade o posterga cualquier responsabilidad.
- No se acepta la confrontación, ni se confronta.
- No hay posibilidad de respuesta frente a situaciones de estrés o dificultad.
- Existen cambios de humor drásticos y momentáneos.
- Hay poca tolerancia a la frustración.
- La mentira como forma de respuesta.
- Se es muy influenciable.
- Pretender resolver desde el berrinche, grito o golpe.

Creo que es claro que estas características, lejos de simplificar o hacer grata la vida, la complicarán enormemente, ya que será imposible desarrollar el máximo de las potencialidades psicomotoras, intelectuales o afectivas buscando solo gratificaciones o respuestas inmediatas a las necesidades del ego.

Estar en paz con las diferentes etapas de la vida, transitar por las inevitables dificultades, resolviendo y creciendo a partir de ellas, no es fácil, pero es posible, y si algo quedara pendiente aún podemos trabajar con nuestro “niño interior” para ayudar a reconciliar cada periodo y acceder a una buena vida, como ser maduro en concordancia con la edad cronológica.